

# AÑO SACERDOTAL

El logotipo del Año Sacerdotal reúne una serie de símbolos que de algún modo capturan la esencia del sacerdocio. Lo primero que notamos es la circunferencia incompleta. Esta apertura nos invita a entrar y descubrir el tesoro que contiene. Quiere expresar una verdad central en la vida de un sacerdote: él no busca completarse con el matrimonio o una carrera profesional sino deja su vida abierta para que sea Jesús, como Divino Cónyuge, el que la rellene y complete. Por si solo Cristo llena y completa la existencia, sin Él el corazón queda vacío y sin consuelo.

La apertura en este círculo puede también ser interpretada como una expresión de la disposición abierta a la que es avocado el sacerdote hacia los demás. Su vida no está para aislarse herméticamente de la gente, por el contrario es una existencia para los demás. Como Cristo abrió su corazón a todos, el sacerdote está llamado a abrir su corazón a las necesidades de la humanidad. Como el corazón de Cristo fue lacerado, el corazón del sacerdote será atravesado por la hostilidad y la indiferencia de muchos. El sacerdote tiene el desafío de no permitir que su corazón se cierre o endurezca. Permaneciendo abierto ese corazón herido, a través de la brecha inferida en su humanidad, la Gracia de Dios podrá continuar el trabajo reconciliador y redentor de Cristo.

El tema de la reconciliación, tan central en la vida del sacerdote, es recordado en el logotipo con el color púrpura. Como color litúrgico de la reconciliación el púrpura es usado por el sacerdote en la administración del Sacramento de la Penitencia a través del cual nos reconciamos con el Padre y con la Iglesia tras nuestras flaquezas por el pecado o, incluso, tras una ruptura del lazo de comunión. Es un color que además de expresar la tristeza de la separación, anticipa la alegría del retorno a casa. La reconciliación siempre pasa a través de la cruz, por ello el color púrpura es el color de la penitencia. Como color que delimita nuestro logotipo recuerda a los sacerdotes que durante el ejercicio de su ministerio la penitencia impone un límite a los caprichos y apetitos propios, sin el cual el ministerio sacerdotal no obtendría fruto alguno.

Moviéndonos dentro del círculo, encontramos un libro y una hostia marcada con la señal de la cruz. De nuevo el color aquí es importante. Esta vez nos sirve para recordarnos la conexión entre la creación y la revelación. El libro, que representa las Sagradas Escrituras, es de color predominante

antemate marrón. Este color nos acerca a la tierra: Dios nos habló primero a través de la creación y después, en la plenitud de los tiempos, la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros en la tierra. Esta relación entre creación y revelación está también reflejada en el color dorado de la hostia. Ese color nos lleva con la imaginación a campos de trigo maduro listo para su cosecha. También nos recuerda, mirando a lo alto, a los rayos de sol. Los dos casos nos presentan a Cristo: el grano de trigo maduro, y el sol como luz del mundo.

El libro y la hostia, que aquí en definitiva son símbolos, nos llevan al punto central, al corazón del tema, el corazón del día de un sacerdote, el corazón de su vida, la razón de ser de su existencia: proclamar la Palabra de Dios y ofrecer el Santo Sacrificio en la Misa. Estos son los privilegios que le han sido conferidos en el momento de su ordenación, y de esta Santa

Fuente su vida y su misión tomarán impulso, se orientará y se reavivará con el poder del amor divino.



Observando más en detalle estos símbolos vemos en primer lugar que el libro está abierto queriendo explicar que Dios no está encerrado en un libro en el que se escribió lo que El nos reveló como Sagradas Escrituras. Las páginas de este libro no son estáticas sino que giran hacia arriba, alzando los bordes de sus hojas como alas. Es una imagen poderosa que expresa que la verdad de Dios contenida en las escrituras nos eleva y empuja a lo alto. Pero también significa un desafío para el sacerdote: ser capaz de

hacer eficaz el poder de la Palabra de Dios a través de la predicación, de tal modo que los corazones de aquellos que la escuchasen sintiese su calor y se alzaran mirando a lo más alto.

La Sagrada Forma, finalmente, aparece surgiendo de las páginas de la escritura. Es una imagen muy apropiada para expresar la unidad de la Palabra y el Sacramento. Durante la Santa Misa, cuando la Hostia Consagrada es alzada, sabemos que el novio está aquí. ¡Es el Señor! Debemos agradecer al sacerdote por el "sí" que pronunció que ha permitido a Jesús estar presente en nuestros altares. A través del sacerdote, la Encarnación se repite a lo largo del tiempo, entra en nuestro tiempo, en nuestra jornada, en nuestra parroquia, nuestras vidas, nuestra comunidad, nuestros corazones.

¡Demos gracias a Dios!